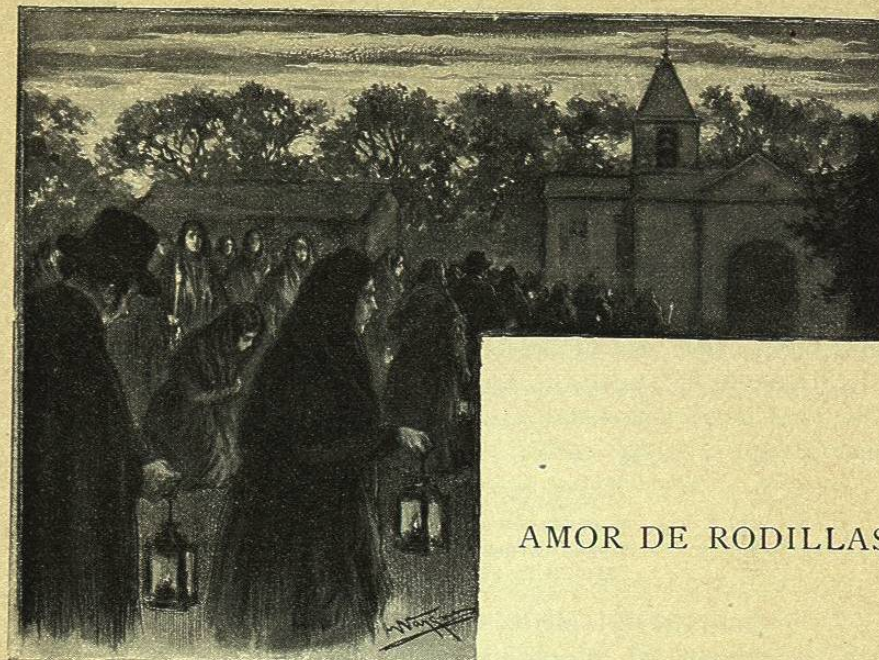


que le sea dable, debe concurrir al mayor desenvolvimiento de nuestras facultades, único camino de alcanzar el perfeccionamiento. Si nada se lograra, quédenos la satisfacción de la iniciativa, guiados por ese bello sentimiento de caridad, que nos conduce á amarnos y enseñar al que no sabe.»



## AMOR DE RODILLAS

Tan extraordinario parece el sucedido, que por cuento se tomaría éste, que no lo es, juzgándole novelesco episodio sentimental, á no haber ya pluma mejor cortada que la nuestra puesto los puntos sobre las *ies*, agregando en otras publicaciones nombre, apellido, calle y número de la heroína de esta tradición en época y comarca á la que el romanticismo de Chateaubriand y sus discípulos no había llegado.

### I

Cara lánguida, pálida, ojerosa, cuello ebúrneo y negra cruz de azabache pendiente de él, boquita de beso en proyecto, grandes ojos rasgados, negros, más negros que sus cabellos, y entre éstos una blanca flor del aire; nerviosa, toda sensitiva como la flor de su predilección, elegante en su vestir, fanática en decir y en sus pasiones como en sus creencias era la enamorada Marta, hija primogénita en una honrada y antigua familia de Salta, y linda hasta la pared de enfrente. Bien que ésta fuera el paredón del convento de Mercedarios, más incommovible que sus viejos muros aparecía el corazón de la pálida beldad; pues no obstante haber ya doblado la esquina de sus veinte años, seguida de muchos pretendientes, la niña no tenía novio.



Cartas van, mensajes vienen, dueñas llegan, pasantes pasan y Martita *nonnes què nonnes*, no quería ser par; firme en sus trece y en su doncellez, *billeticos* quedan sin respuesta.

Virgen de alma y de cuerpo, no se decidía por entonces Martita á dejar de serlo.

¿Por qué prefería quedar para vestir santos, ó pasear sobrinos, como ahora se dice?

¿Por qué hacía repulgos á D. Moisés, el de enfrente; á D. Tadeo, el de la esquina, ó á D. Apolinario, el boticario?

No, señor; porque ella tenía un su *percundante*, más presentido que presentado, y su bello ideal no llegaba.

A veces, desde la huerta del fondo, con el canto matinal de las alondras, oíase letrilla malsonante para los mozos del barrio, cuando la niña bajaba á regar su rosalito en flor:

Yo no quiero dar mi mano  
á un veterano salteño,  
que ha de llegar con Belgrano  
mi oficialito porteño.....

Y cuando el cura de la Merced ó el familiar de Su Ilustrísima, de vuelta de su visita pastoral, se permitían alguna familiaridad en las tertulias de malilla y chocolate, ante el estrado de señor padre, ó algún coronilla malicioso decíale entre risueño y grave:

—¿Cuándo nos da un gustazo, Martita? ¿Cuándo es el gran día?

—No se aflija, padre cura—contestaba sonrosándose,—que usted me ha de echar su bendición cuando el oficialito del ejército de Belgrano, que pretendo, ó se quedará sin echarla..... Me he de casar con un porteño, ó con ninguno.

Y en eso llegó Belgrano; pero tan de prisa bajaba la montaña, que no tenía tiempo de ir dejando novios en el camino; como que él mismo, por falta de tiempo para el año de noviciado, paseó su soltería, así en las provincias de abajo como en las arribeñas.

Y casi pisándole los talones, tras, tris, Tristán, que nada de triste traía por entonces, y sí con aires de vencedores sus oficiales, descolgábase de las sierras, hasta que al llegar á Tucumán á pie firme aquel puñado de patriotas, hacen dar vuelta cara, con la de Tristán, á la mala fortuna, y éste regresa fugitivo á Salta por el mismo camino que la víspera cruzara en aire de perdonavidas.

Desde entonces los patriotas de Güemes no le dieron descanso. Tras la vanguardia de éste apareció Belgrano, vencedor en Salta, para que no volviera más á flamear por sus calles la bandera en su campo abatida.

Vencedor en Tucumán, vencedor en todas partes, entre los oficiales de Belgrano llegó también el porteño del presentimiento.

Dos galones en la manga, rubio bigote, hermoso rostro tostado por el sol del campamento, arrojó en el corazón y palabras de miel en los labios, era Dionisio Alvarez enamorado de profesión, dispuesto á hacer la corte á cuantas encontrara á su paso, bien fuera la Virgen de la Merced ó algunas de sus vecinas.

Los vencedores en Tucumán encontraron en Salta todas las puertas abiertas y también muchos corazones.

No podía él llegar en mejor oportunidad, pues tan parladores eran los grandes ojos, centellando pasión, de la mustia beldad, como poco mudos los labios del bigotillo dorado, por lo que con pies y con manos, con miradas y palabras, tan instantáneamente lograron entenderse, que á poco pasaron como en fuga rápida todas las notas, llegando ó casi llegando hasta lo desconocido, desde el *do* de pecho al *si* sostenido.....

Do-re-mi-fa-sol-la-sí.....

Y esto al oído, sin haber estudiado música, de afición únicamente, y sin maestro la niña, *sotto-voce* ensayaban largos dúos. Pero ¡qué dúos!

Letra de amor con música de besos, al claror de la luna, en la penumbra del balcón, que hacía murmurar al malicioso campanero de enfrente, cada noche que á las ocho subía al toque de ánimas:

Canela y azúcar fué  
la bendita Magdalena.

Pero de Dios está que no ha de haber dicha completa en este valle de lágrimas, ni en el de la Virgen del Valle, por el de Lerma, pues el mismo sacristán celoso á quien, por más plata de Güemes que diera un ayudante del mismo, no había conseguido hacer tomar á su vecina el billetito subversivo en lugar de agua bendita en la pila que él llenaba. Canturriaba en su despecho al divisar al porteño de plantón ó centinela perpetuo:

Amor de soldado,  
amor de una hora:  
cuando toca la caja  
¡adiós, señora!...

## II

Bien pronto sonó la caja, y á su redoble todos se reunieron en torno de la bandera, ante la que los batallones de Tristán juraron en vano no hacer más armas, y caminito de Jujuy siguieron subiendo y subiendo al Alto Perú, llegando, los que llegaron, hasta Chuquisaca y Potosí.



Pero ¡con cuán aviesa fortuna los vencedores de Salta atravesaron Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-sipe, cayendo y levantando, ora vencidos ó vencedores, los diezmos batallones de Belgrano, sin él y sin Díaz Vélez, sin Rondeau, ni Balcarce, ni Arenales, regresaba uno que otro cojeando, ó al tranco de su mula de paso, habiendo dejado un brazo ó una pierna, un ojo, cuando no los dos, en defensa de una patria que, detenida en sus primeros triunfos, lo fué sólo en la hora ingrata en que malos hijos despedazaban sus entrañas!

Partió el alegre Dionisio después de dar palabra de casamiento para su vuelta, si tenía vuelta, que los soldados no siempre la tienen....

Uno, dos y tres años transcurrieron sin saberse nada del que pasó.

Las viejas beatas del barrio, que la bella del de la Merced desairara con sus misivas, afanábanse en multiplicar las angustias de aquel pobre corazoncito torturado por la duda y los temores, aunque saboreando entre sueños el primer beso del primer amor.

Una, lo sabía de buena letra, dicho del *coya*, chasqui en Tambo Viejo, Dionisio había muerto por Sipe-sipe. A otra habíanle escrito de la misma casa que, con las dos piernas cortadas por una bala en Ayohuma, lo asistieron hasta sus últimos momentos. Otra, la sobrina del cura, por más señas, decía que el curaca de Vilcapugio le vió desfilarse entre los prisioneros para Casas Matas.

Pero presentimiento inquebrantable la sostenía en su última esperanza, y desde el primer momento en que malas noticias vinieron á conturbar su alma apasionada, cayó de rodillas ante el Señor de Vilque, de Sumalao, cuya imagen, entre flores y velas encendidas, tenía en suma devoción al lado de su blanco lecho de virgen, haciéndole de rodillas, y con el corazón saltando, la más solemne promesa de ir por las mismas hasta el santuario donde se venera su milagrosa imagen, á darle las gracias al día siguiente que volviera su novio bueno y sano.

Y uno, dos y tres años pasaron entre suspiros, novenas y promesas, ya con cilicios que desgarraban sus carnes, ora durmiendo sobre una vieja desnuda..... tarima.

En tan larga espera, al través de sus lágrimas, sólo veía ante sí, como su vida toda, desierto el camino, sin que en el más lejano horizonte se divisara el polvo del ansiado mensajero.

Ya no pedía tanto, se limitaba á desearlo bueno, últimamente aunque no bueno y sano; pero nunca dejó de pedirlo novio.

Un día llegó, ó más bien una noche de luna, semejante á aquellas de tan dulces recuerdos, cuando entre ensueños de amor arrullábanse como

dos tórtolas balanceadas sobre una misma rama, confundidas sus sombras en la penumbra del balcón de la promesa. Recogida y triste suspiraba en su cama, consumida por la melancolía; había ya hecho sus oraciones en aquella monótona, fría y larguísima noche de desesperanza.

Mal dormida oyó, ó creyó sentir, como una caricia entre sueños, esta expresión:

—¡Al fin llegó el resucitado!

Y más tardó la vieja Chola, cariñosa dueña de esta doncella, en subir tropezando para anunciar que el deseado acababa de llegar, que ella en sentir como un vuelco del corazón y saltar de su lecho.

En el ruido de sables, carabinas, rodajas y rumor de mulas y caballos á la puerta, reconoció al Dionisio de sus pensamientos, llorado por muerto, vivo, bueno y sano.

Al momento, toda agitada y antes de correr al encuentro del bien deseado por tan largo tiempo, conmovida cayó de rodillas sobre el mismo reclinatorio que años antes, y renovó entre lágrimas y suspiros la solemne promesa tantas veces repetida.

—Pues que me lo devuelves, milagroso Señor de Sumalao, á tu santuario iré de rodillas á darte las gracias por este gran consuelo que me vuelve á la vida.....

### III

Y cumplió como lo dijo. Una semana no transcurriera de la noche del feliz aparecido, cuando la niña salía de hinojos desde el pretil de la Merced para la peregrinación prometida.

Toda la familia la acompañaba rezando y con faroles: madre, hermanas, tías, vecinas, curiosas y agregadas hacían la peregrinación á pie, que de rodillas continuaba Marta, adelantando menos de una legua el primer día, pero no avanzó una cuadra, ni andar cien pasos ó rodillazos, el último de los sesenta que empleó en las doce leguas.

A poco andar se le desollaron de tal modo las rodillas en aquel pedregal, que fué menester adherirle rodilleras de piel de carnero, y aun ayudada con el bordón de peregrina, apenas conseguía adelantar á paso de hormiga.

Algo incrédulo el novio, en lo de milagros de amor, votos y exvotos y promesas de la misma esencia, que como tal se evapora, no acompañó á su macilenta y dilacerada prometida, pretextando listas y revistas, retretas, fajinas y asambleas, toques diarios que le detenían en el cuartel, como capitán de campo.



Fué, estuvo y regresó, ó más bien, la volvieron transportándola en una camilla, en menos de dos días, por el camino que en más de dos meses hizo de rodillas.

Y si angustiada y larga había sido la peregrinación al santuario de la que invocó como protectora de sus amores, más larga fué la velada de muchas noches, en que *la ingenua novia de las rodillas* pasó curándose éstas sin poder moverse de la cama.

Tiempo tuvo el veleidoso Dionisito para emprender campaña más cerca que la de Vilcapugio y Ayohuma.....

Rodeaban cada noche el lecho de la enamorada doliente, entre primos y primas que tales primadas se permitían, alrededor del brasero, calentando agua para que *otro tome mate*, y vecinas entremetidas y dueñas curiosas.

Alegraba la reunión una joven parienta, que durante la prolongada ausencia del niño perdido había rápidamente desarrolládose, así en hermosura y gentileza como en ingenio y travesura, y era esta menorcita, que no hacía cosas de tal, á quien primero encontraba en antesala el ex muerto cada noche que entraba á preguntar por las rodillas de su ex novia, ó por la novia de las rodillas.

Tardaron tanto en curar éstas, y mimo y seducción tanta gastara Cleta en los nocturnos recibimientos de su casi cuñado, que el oficialito causa de la enferma, con el andar del tiempo, varió como veleta porteña, y la hermana paciente matrimonióse con el no convaleciente.

Si mucho había esperado Marta, poco tardó Cletita en sustituirla, y entre la preparación de dos cataplasmas para la desinflamación, llevó su inflamado corazón á la vicaría.

Si cuando al dejar su lecho la dolorida apasionada no dejó la vida, fué sin duda porque ya no se muere de amor.

Amor, amor más fuerte que la vida, más fuerte que el honor. Creyó ella ver en tal substitución castigo del cielo por su poca fe, pues si le aconsejaba su guía espiritual que se limitara á pedir á Dios lo que más le conviniera, ella acababa así sus oraciones todas las noches:

—Permitid, Señor, que vuelva, os pido el milagro de su resurrección. Dejad que vuelva siquiera un día á mis brazos el amado de mi corazón.

El tiempo transcurrió, y la virgen de las rodillas entraba en el convento de Carmelitas, pronunciando un año después su votos solemnes al consagrarse como esposa del Señor de San Bernardo.

En aquellos días venía al mundo la primogénita de su prima hermana, hija del Dionisio el engañador.

## IV

Muchos años habían pasado, cuando la hija ésta de Cleta encontró cerca del torno, en el mismo convento que frecuentaba á saber nuevas de su tía, al joven Moisés Ferrando, comerciante de las provincias de abajo, que arriaba su mulada desde márgenes del Paraná á la feria de Sumalao.

Conducía de las monjitas del tránsito confites de Córdoba, corazones, rosarios y escapularios y varias encomiendas para sus hermanas de Salta.

Y fatal fué el encuentro, primer tropezón de la sobrina de su tía, con el tropero que, en mula chúcara, emprendía la peregrinación hacia el mismo santuario donde de rodillas llegó un día la que otros muchos pidiera el regreso del que novio de la tía entonces, padre de esta sobrina fué más tarde.

Muchas idas y venidas de Buenos Aires á Salta y á la feria de muladas con recua y encomiendas se repitieron, y como fatigoso era el viaje, descanso hacía en donde Genoveva, á cada vuelta y revuelta, pasada y repasada, más frecuente desde el casual encuentro.

La noche del último viaje, quedó concertado en la misma sala el próximo casamiento, para su vuelta, de D. Moisés con Genoveva.

Largo tiempo pasaba; el bizarro mulero no volvía.

Parece que mala estrella guiaba á las doncellas de esa casa desde el día que premeditaban dejar de serlo; y tías como sobrinas quedaban destinadas, si no para vestir santos en la iglesia de enfrente, para cantar en coro desde el convento, á la vuelta, entre las vírgenes del Señor.

La predilección por el amor á los porteños resultaba fatal á la honrada familia de aquella honorable casa solariega, por la inconstancia de los de *abajo*.

Y un año y dos se deslizaron sin que noticia ó eco alguno llegara á Salta del desaparecido número *dos*.

—¿Se lo habrá comido la tierra?—decía una desdentada vieja vecina, madre de Candidito, á quien, como candidato de conveniencia, lo tenía en conserva para Genoveva.

—¿Habrá muerto en Caseros?—agregaba un casero de enfrente, donde Ferrando y sus mulas sabían parar.

Y en estas y otras dudas la inconsolable novia desesperaba, y fué, como su tía, víctima de amor ó de engaño, á buscar consuelo, refugiándose en la misma celda que aquella otra víctima de un inmenso amor desgraciado dejaba por su fallecimiento.



Y otro año pasó, cuando, según reglamento de la santa casa, salió Genoveva á pasar la última semana en la suya, antes de pronunciar los votos inquebrantables.

## V

Tres días faltaban apenas para terminar sus postreros en el mundo, cuando á mataballos, ó revientamulas, apareció D. Moisés ostentando en su pecho el escapulario del Carmen, último bordado de su bella *desenclaustrada*.. . . .

—Vengo en busca de mi novia, que un criollo de mi raza nunca engaña—dijo al penetrar á la sala fatal del desengaño.

—Aquí no hay ninguna novia—le contestaron.

—¿Qué, ha muerto?

—No hay novia.

—¿Se ha casado?

—Sí—contestó la monjita, saliendo en traje de tal, con los ojos bajos y más blanca en su palidez que la alba toca que la heroseaba.

—¿Cómo? ¿No me esperabas? ¿Te casaste? ¿Enviudaste y has profesado?

—Te esperé y desesperé, al recordar que el compromiso se contrajo en esta misma sala fatal, donde un porteño fué por tantos años esperado. Creía contagiosa enfermedad de allá abajo la de engañar á las crédulas salteñas.

Luego entró á explicar D. Moisés, temblándole el corazón y también los labios, cómo, arriada su mulada al pasar el arroyo del Saladillo, le llevaron entre las primeras levas que Mansilla mandó á engrosar el campamento de Santos Lugares. Prisionero en la batalla de Caseros, el general Urquiza lo envió con los negros á Calá, de donde recién había podido desertar. Azotándose al Paraná, desde el Rincón de Coronda emprendió viaje á su dicha, al paraíso terrenal que le esperaba, en cuyo dintel su misma Eva le cerraba las puertas para siempre.....

—Así será y debo creerle, pero yo ya estoy casada.

—¿Cómo? ¿Con quién? Rasgaré el corazón del que te me lo ha robado.

—Poco á poco: paciencia. No desesperes hermano, por Dios. El le resignará. Rogaré por su tranquilidad. *Todo pasa, se olvida ó desvanece.*

—Perdón, yo no pido perdón á quien te me ha robado. Ven, vamos, huyamos, he venido á cumplir mi palabra. «Mía ó de nadie,» juraste aquí ante ese mismo crucifijo, que está donde se estaba y bajo de él tu madre y

ante ella nos juramos el amor que unió nuestras almas; mía ó de nadie, dijiste, y ahora.....

—Yo ya estoy casada. Virgen del Señor, Dios ha recibido mis votos.

—¡Oh! Esto no puede ser. Vengo desde el Calvario, tan largo me ha parecido el camino por cumplir mi palabra honrada, y la mujer fiel, en la casa donde mueren de constancia, me falta así.

Luego salió, dando vuelta á la manzana, y enfurecido y desesperado, clamaba en busca de su media manzana.....

## VI

Y en vano fué que canónigos y familiares y hasta el mismo Ilustrísimo de Tucumán, de visita accidental, pretendiese tranquilizar aquella conciencia fanatizada, explicando que ni aun caso de dispensa era, ó relajación de votos, pues no se habían pronunciado, por lo que debiera cumplir su primera promesa. Pues que su consagración á los altares del Señor fué ofrecida bajo la suposición de haber muerto aquel segundo resucitado, que volvía en la fe de su promesa, volando en alas del amor, á cumplir la suya, recordara el deber de cumplir las obligaciones en el orden que se contraen.....

Pero Genoveva, sobrina de su tía, era en lo inquebrantable, persistiendo en creerse ya consagrada al Señor, por más que á milagro atribuía su ex novio el haber llegado á la puerta del convento donde la conociera, á tiempo de detenerla en sus umbrales y en el último día que pasaba en el mundo.

Y no hubo más ruegos, lágrimas y oraciones, promesas, dádivas y llantos. «Lágrima de mujer conmueve al bronce,» se dice; pero cual sobre fría lápida suelen deslizarse mudas y silenciosas por la faz del más enérgico, sin que acuda á detenerlas alma piadosa.

Y la puerta cercana al torno se abrió para girar y cerrarse por siempre tras del amor que gimiendo quedaba á su entrada.

Cuentan que al siguiente día de esta segunda profesión, traspasado y herido en lo más íntimo, á pie, desesperado y deshecho, siguió como ebrio desazonado hacia el Santuario de Sumalao, en la borrascosa noche que pronunciara los últimos votos la virgen de sus últimos amores.

En época que todo se mueve, huye y pasa en vértigo fugaz, ¿qué significa ese rezago de pasados tiempos, que se llama voto perpetuo?

Cuando todo corre y vuela, cual exhalación, en el siglo de la electricidad, de la vida y del progreso continuo, ¿á qué responde esa vida estancada, substraída á todo movimiento? Si apenas de voto perpetuo restar debe



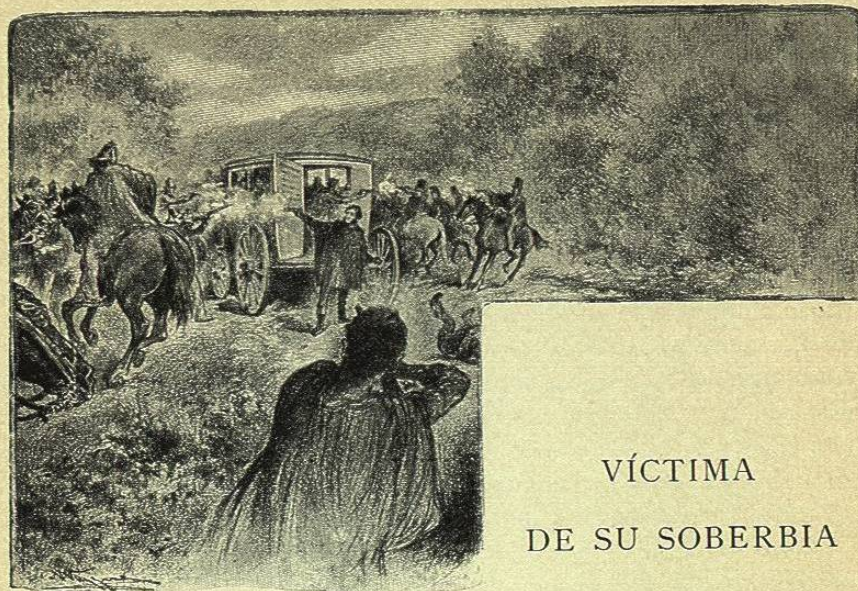
el matrimonio, como fundamento de la familia, ¿puede suponerse natural que jóvenes á quienes el primer desengaño arrojó á una celda, queden con gusto por siempre enterradas en vida?

A los cuarenta años no se piensa como á los veinte, y muy diversamente se siente á los sesenta.

«Pagar justos por pecadores,» dicese en caso á éste semejante, que más de uno hemos visto en el camino de la vida.

El Creador nos ha dado dos pies para caminar con ellos por la recta senda. No apreciamos en gran sacrificio la tranquila y serena vida conventual, aislada del mundo, de sus pasiones y peligros. Las rodillas, que no se han hecho para substituir los pies, sólo deben doblarse ante el Dios Supremo, implorando la extirpación de la ignorancia, el fanatismo, los errores que enneguecen, y pedir la paz, la tranquilidad de la conciencia, que no es poco pedir, y algo más duradero que el frágil amor.

¡Cuántas veces, implorado éste aun de hinojos, causar suele el tormento de toda la vida!



VÍCTIMA  
DE SU SOBERBIA

I

En esta tierra de caudillos, donde cualquier ministril se da humos de gran estadista, como el último *comandantejo* de campaña de prestigioso caudillo, difícil será escudriñar cuál fué el primer caudillo, ó el mejor estadista.

Sugeríasenos tal reflexión la otra tarde al contemplar el viejo balconcito del siglo pasado, antes de llegar á la vereda ancha en la calle *Defensa*, bajo, saliente ó sobresaliente, aunque su *barriguedez* se halla cubierta por amplias enaguas de latón pintado, para ocultar sin duda su estado próximo á dar á luz, ó á dejar pasar más luz con su derrumbe, lagrimeando vetustez hasta por los roídos barrotes que le sirven de puntal.

Sobre él pardas tejas destilan lluvia de gato. Tan ampuloso como el personaje que desde su baranda peroró al pueblo, el primer presidente de la República Argentina, D. Bernardino Rivadavia, en más de una ocasión que entusiasmado le acompañara hasta su casa, como berruga de la época cuelga allí, á la terminación de la hermosa fachada que el maestro D. Salvador Sartori levantó en 1848 sobre los sólidos muros de la antigua casa de Filipinos.

Aunque en diversas épocas, á uno y otro lado de ese vestigio del vi-reinato, huésped en la una y propietario de la otra fué el primer caudillo.